



UN VIAJE AL ORIGEN DEL SENTIDO (*)

Valerio Nardoni

Como deja dicho en su introducción el editor del libro, Andrés Sánchez Robayna, para un poeta fallecido recientemente no hay mejor homenaje, después de la rigurosa ordenación y edición de su obra, que un libro donde nuevas voces poéticas y críticas hablen de él: antes que la competencia, es más que suficiente el interés y el entusiasmo de los jóvenes para demostrar cómo la obra de Valente ya ha emprendido con decisión su camino hacia la posteridad. Al lado de estas «nuevas» (pero bien firmes) voces, cuenta este libro con otras dos presencias de excepción: Claudio Rodríguez Fer, director de la colección de ensayos que acoge

(*) *Presencia de José Ángel Valente. Jóvenes poetas y críticos ante la obra de José Ángel Valente*, Andrés Sánchez Robayna (ed.) y dibujos de Carlos Schwarz, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2010

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

el libro, y Nicanor Vélez, responsable editorial de la publicación de las obras completas de José Ángel Valente en Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.

En este pequeño libro, de unas cien páginas, se aprecia ante todo la excelente factura, enriquecida por los dibujos de Carlos Schwartz, que hacen de él un objeto precioso, como precioso es también su contenido, donde catorce voces diferentes se unen en una sola lectura poliédrica. Como veremos, se trata de una estructura más que eficaz para el caso de la obra de Valente, cuya característica principal es justamente la de ser extremadamente varia y, al mismo tiempo, extremadamente firme y compacta.

No es de extrañar, pues, que entre los varios autores llamados a la nada fácil tarea de escoger un solo poema de Valente y comentarlo en el espacio de unas cuatro o cinco páginas (ya desde aquí proviene la subyugante originalidad del libro), haya quien, como Marta Agudo, ha preferido escoger un poema al azar, o quien, como Alejandro Rodríguez-Refojo, ha querido demostrar cómo «Serán ceniza...», el celeberrimo primer poema del primer libro de Valente, ya «parece contener en sí mismo el desarrollo futuro de esa obra». De «poema-semilla» habla Rodríguez-Refojo, mientras que Marta Agudo destaca, por su parte, la «continuidad meditativa» que da sustancia a toda la obra de Valente, en la que –como precisa Francisco León– «cada poema se afirma como un paso más en un proceso de perfeccionamiento espiritual».

En su personal *camino de perfección*, Valente completa una especie de viaje al origen del sentido: de hecho, sus poemas, más que describir las formas exteriores del mundo, parecen querer despojarse de ellas para expresar una más profunda necesidad de comprender el impulso hacia la creación constante que mantiene con vida ese mismo mundo.

Es éste precisamente el nudo primero que ata la vida a la poesía –un «estado de perpetua creación», como la define Manuel Fernández Casanova– y convierte a esta última en una especie de instrumento científico para el estudio de la existencia o, mejor dicho, en una llave para penetrar en ella, hasta la «cima del canto» del último poema de Valente, el sonido primigenio que está en la base de todas las palabras y todos los significados.

En cada palabra, en sustancia, según la concepción del poeta gallego, como en un secreto ADN de sonidos, renace una y otra vez el misterio de la primera fonación humana, que atraviesa nuevamente todas las épocas de la historia. Lo pone muy bien en evidencia Ivan Cabrera Cartaya al estudiar el poema «Víznar, 1988», en el que la palabra «Lorca» no se refiere tanto al poeta granadino como al nombre que toma la memoria de todos aquellos que en Víznar fueron asesinados

y desaparecidos, para todas las víctimas de la Guerra Civil española, para todos los hombres y las mujeres que han sido víctimas en algún momento de la historia.

Cabrera Cartaya subraya apropiadamente el «fuerte fundamento ético» de esta poesía, cuyo compromiso no es sólo el de testimoniar la fuerza de la palabra, sino también el de defenderla de los abusos de los que ella es, a su manera, víctima: sobre este asunto vuelve e insiste también Jordi Doce, que se concentra en el carácter militante de la palabra poética de Valente, «al asedio del mercadeo burgués», o sea, de los mecanismos con que el poder y los poderosos se adueñan de las palabras para instrumentalizarlas y envilecerlas llevándolas al plano del eslogan. Semejante preocupación la comparten varios poetas que empezaron a publicar sus obras alrededor de 1950, como, por ejemplo, Ángel Crespo, que reaccionaba entonces contra una poesía sometida por la política, tanto en los serviles encomios hacia el régimen dictatorial como en las encendidas invectivas de los opositores. Éste, con enemigos nuevos, es el mismo problema que afecta a la contemporaneidad, no solamente española, sino mundial, especialmente por lo que respecta a los nuevos y veloces medios de comunicación de masas, que no son ajenos a nuestra vida sino que, muy por el contrario, forman parte decisiva de ella.

Cada época, a través de la poesía, avanza sus propias reivindicaciones, y el lector de este libro, ante todo, descubrirá cuán fecunda es *hoy en día* la lectura de José Ángel Valente, en quien cada poeta o crítico invitado a participar encuentra un espejo y los instrumentos necesarios para librar una batalla que es también, lógicamente, la propia: Juan Andrés García Román, por ejemplo, a través de la lectura del poema «En la ventana / las gotas de la lluvia...», expresa su propio estado de asfixiante cautiverio «entre el pasado inexistente y el devenir inalcanzable», que quizá no era la principal preocupación de Valente en aquel momento, pero sí una de las semillas que el gran poeta puso en su extremadamente fecunda obra, capaz de renacer y renovarse en la conciencia de cada lector, como ya está creciendo en el seno de la poesía española actual.

De la rica herencia que José Ángel Valente dejó a la poesía hispánica y europea, este libro de breves pero persuasivas lecturas críticas garantiza, pues, un mapa responsable y razonado que ofrece tanto una panorámica sobre aspectos generales de la obra de Valente como una profundización en ciertos detalles decisivos.

Desde este punto de vista, ocupa un espacio central el excelente ensayo de José Luis Gómez Toré (un poco más extenso que los otros), en el que no sólo se ubica la poesía de Valente, de manera muy oportuna, en el más amplio contexto de la poesía europea; también se señalan algunas de sus relevantes fuentes clásicas.

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

cas y bíblicas, con la intención de llegar al núcleo del desafío fundamental que la palabra de Valente lanza a la divinidad, o sea, a lo eterno, a la duración.

Más que un desafío, la poesía de Valente es una constante tensión interrogativa sobre el tiempo que, en su mente y en sus manos –aunque no totalmente inmune a cierto grado de obsesión–, se convierte en un poderoso recurso poético, como bien explica José Luis Rey en su clarificador ensayo sobre la figura del poeta-Cristo, que derrumba el viejo templo de la realidad para construir «ante los ojos de los hombres la morada cierta, expresiva y última: la casa de la palabra».

Uno de los aspectos más fértiles de la obra de Valente, de hecho, es su constante fondo metapoético: según su concepción, en cada palabra escrita se encuentra el germen primigenio de la vida, de la misma manera que, en la tensión hacia la palabra, aún antes de que ella aparezca en la página escrita, se encuentra todo el misterio del cotidiano esfuerzo de la creación de nuestra propia existencia. Valente quiere profundizar en la palabra poética hasta oler el silencio y el vacío que la preceden, en el místico pozo donde todos los significados están encerrados en una sola unidad espacio-temporal situada en las lindes del vacío absoluto (o, si se quiere, de la totalidad en potencia).

Son, por fortuna, muchos los ensayos que intentan ofrecer un bosquejo de esta zona huidiza e igualmente central de la obra de Valente, sobre este «regreso a tientas hasta la oculta raíz», en palabras de Begoña Capllonch. La autora propone un paralelismo entre la obra de Valente y los cortes de Lucio Fontana, con esa «incisión o herida que aunaría lo finito con lo infinito», la llaga primera de la conciencia del hombre. La imagen es inquietante: nadie duda de que detrás de las telas de Fontana está el muro del que cuelgan, no la explicación ni, menos aún, el origen del mundo. Sea como sea, esta herida representa la básica y apasionada «fuente seminal» de nuestro ser y de nuestras palabras: «pues lo que la palabra encarna en su obra no es objeto, sensación ni pensamiento, sino *entrada al sentido*».

De este iniciático «viaje hacia la raíz» habla también Francisco León, recorriendo el abundante río de las fuentes clásicas de Valente con particular referencia a la catábasis e, igualmente, Antonio Méndez Rubio, que reflexiona sobre las inagotables preguntas de Valente y su descenso al «punto cero, donde volver a concebir de nuevo el diálogo secreto entre la palabra y el silencio», entre cuyos polos se encuentra todo el universo.

De la misma manera que Valente reconoce, en el hacerse de la poesía, la misma vida que se regenera constantemente, no es posible distinguir en su obra entre «reflexión ontológica y reflexión metapoética»: así argumenta Carlos Peinado Elliot, que dedica su intervención al poema «He» del libro *Tres lecciones de*

tinieblas, definido como la «piedra angular que ilumina el conjunto del poemario» y quizá –según hemos ido descubriendo y diciendo acerca de su coherencia– de toda la obra de Valente. La letra del alfabeto hebraico, expirante, encarna el primer aliento, que es «mater, matrix, materia» de todo el lenguaje y de toda la vida: «el latido de un pez en el limo antecede a la vida», como reza el famoso primer verso del poema, un pez que es también *arché*, embrión, certeza de vida nueva en el encuentro amoroso... o en la palabra poética. No ha sido casual, pues, la idea de Marta Agudo de escoger un poema al azar, porque en cada uno de ellos vibra ese mismo sonido «he» que, a lo largo de estos ensayos, es definido a la vez como «raíz», «origen», «claustro materno», «ventana», «pregunta», etc., algo que se presenta en forma de inminencia antes que de significado. Es el «pájaro de tinta que antecede a todos sus poemas», como arguye Esther Ramón, que llega desde aquel «espacio vacío y generador» que tanto recuerda a la sugerente doctrina de Isaac Luria, para quien la divinidad, antes de poder crear algo, en su totalidad totalmente llena, tiene que haber creado un vacío: ésta es la perspectiva hacia donde converge toda la arquitectura poética de José Ángel Valente, que tiende «al punto cero, al punto de la indeterminación infinita, de la libertad infinita».

José Manuel Caballero Bonald • Pilar Gómez Bedate • Jesús Díaz Armas
Manuel Fernández Casanova • Jacques Ancet • Louis Bourne
Pietro Taravacci • Petr Zavadil • Carmen Bonet y Salvador Valdés
Jordi Doce • Alejandro Rodríguez-Refojo • Laurence Breyse-Chanet • Valerio Nardoni

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

